

no desdeña ninguna de las formas clásicas, pero que al propio tiempo busca su equivalencia expresiva en la sencilla emoción de las cosas, en una perfecta ordenación sensitiva.

1935. Unos años más y López Torres se recluye en su pueblo natal para no moverse. Algunas escapadas fuera, que le vale una de ellas el galardón de la Fundación Conde de Cartagena por su cuadro «Olivos milenarios», pero le atrae poderosamente el paisaje terroso y caliente de la llanura manchega, que también va a perderse en el horizonte infinito, como el mar. La inspiración queda prendida para siempre en el alma joven del artista, a impulsos de un romanticismo espiritual, que le invade y consume por entero. La verdadera formación de López Torres está ahí, en Tomelloso: frente a la llanura; esa idéntica llanura que sirvió a Don Quijote para enseñorear su espíritu pleno de inquietudes.

En sus cuadros «Los borricos» y «Muchachos jugando» está reflejada esta misión manchega de la planicie «fronteriza de lunas», como dijo el poeta, pero que en la pintura de López Torres es luminosidad solar, que reverbera y matiza el color pardo, amarillento y verdoso de la tierra madre.

Se desvía el artista de las modernas escuelas que tienden, como el impresionismo, al aniquilamiento de la forma, o como el expresionismo, a la preponderancia del color. La concepción plástica de López Torres gana en riqueza interpretativa. No rehuye la forma, ni el color, pero equilibra y armoniza perfectamente estos elementos básicos, con la luminosidad radiante de su pintura: la acaricia por decirlo así, en una suave expresión representativa.

1947. Ya está maduro el fruto. Retrospectivamente el paisaje que copia López Torres es un mismo paisaje interior; sencillo, luminoso, austero. Sin complicaciones ni repliegues; tal como él es: con realidad, es decir, con verdad.

Sus maestros quedan atrás. Únicamente el pintor manchego Angel Andrade deja traslucir un leve recuerdo; pero no, en nada semejante la pintura de ambos artistas.

López Torres posee un estilo propio inconfundible; acusa su obra una personalidad definida, un modo de realizar, que sabe compaginar las ideas plásticas con el amor a la síntesis, a la sobriedad y sencillez temática.

Es sorprendente el prodigio de luminosidad de sus lienzos, que da relieve a las figuras y volumen a las cosas. El aire y el sol de la Mancha están ahí agitando y caldeando los paisajes que pinta López Torres, pero de un modo tan veraz—íbamos a decir tan honrado—que el artista suprime por obra de su ingenio toda clase de «trucos» para ofrecernos las figuras en un ambiente de luz, sin el resalte de la oscuridad del fondo.

Así en su óleo «Jugando a las bolas», modelo acabado